

Recuerdos de una función del Beggars Theatre

Antonio Argudín.

Tuvimos la oportunidad de ver al Beggars Theatre en la última función que daban en el Edificio Goodman, un viejo caserón victoriano amenazado por las piquetas y que un grupo de audaces jóvenes salvó, para convertirlo en el Centro de las Artes del Edificio Goodman. Ahí, en los viejos salones deteriorados por el abandono y el tiempo, se imparten cursos matutinos de música, guiñol, teatro, danza y varias otras disciplinas artísticas, y por las noches, se presta un espacio a los grupos que no tienen local propio ni subsidio.

Dentro de este programa entró el Teatro de los Mendigos al Edificio Goodman, programa hartó especial, pues el grupo acostumbra trabajar en las más pobres condiciones, no importándole dar funciones en las plazas, calles o parques de San Francisco o Los Angeles.

Esa noche presentaban "The Eye of Darkness" (El ojo de la oscuridad), que es una de sus obras cíclicas, es decir, obras que corresponden a las distintas estaciones del año. El ojo de la oscuridad, era pues, la obra de Invierno.

Explicaron —mientras preparaban los instrumentos musicales para la función— que anteriormente habían presentado la obra correspondiente al Otoño llamada "Día de los muertos", en la cual, utilizando calaveras muy dentro del estilo de Posada, se hacían ofrendas y celebraciones en honor de los muertos, para finalizar ritualmente con los espectadores enterrados bajo paletadas de confeti.

Pasamos a la sala. Esta era un gran espacio, cerrado al frente y a la izquierda del público por dos telones blancos, que obviamente habían sido sábanas en otros tiempos. La luneta estaba formada por bancas de madera en pendiente, coronadas con un sofá destartalado. La sala tenía cupo para veinte personas, pero esa noche, que era la despedida, unas cincuenta entraron y hasta parecían cómodas y satisfechas. La función empezó con un oscuro. Se recorrió el telón

del área izquierda y apareció una torre de tres cuerpos, hecha de cajones con cortinas oscuras cada uno. De ellos, con movimientos mecánicos, de reloj de catedral, emergían personajes vestidos de traje oscuro, con máscaras grises y angustiadas mientras un tambor y un gong llevaban el ritmo, sirviendo de contraparte a los murmullos que en varias lenguas escapaban de la torre, recreación



El Teatro de los Mendigos, grupo invitado por el Beggars Theatre, se basa más en elementos visuales que en el lenguaje oral.

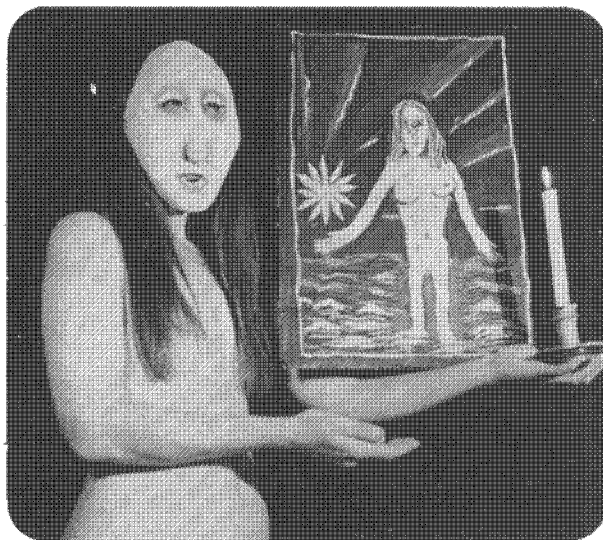


Más que a las palabras y al pensamiento lógico, el teatro no figurativo recurre a la poesía y al mito.

escénica de la torre bíblica, la de Babel. Esta confusión de las lenguas sucedía en una oscuridad casi completa, propicia a las equivocaciones y a los errores. De pronto, todo quedó en silencio, los personajes se escondieron en el interior de los cajones y no volvieron a salir. Entonces, del cajón superior salió una mano blandiendo un puñal —tentadora e inquietante oferta, adecuada para un Mac-

5

beth— y ésta se lo pasó a otra mano, y ésta a otra, hasta que el puñal descendió al cuerpo inferior de la torre. (La música era unas vibraciones extrañas, unos zumbidos penetrantes). Se cerró el telón y apareció un hombre con un puñal clavado en la espalda de la cual manaban hilos de estambre color sangre, y anunció el siguiente cuadro. Ahora se utilizó el frente del área escénica. A la mesa hay un hombre y una mujer (su hija). El lee; encima de ellos la luz de un foco eléctrico. Discuten, Ella lo rechaza. Aparecen unos seres repugnantes, mitad cerdos, mitad perros; las máscaras que los caracterizan tienen un aspecto alarmante para la figura del padre (también para los espectadores que pocas veces han visto máscaras tan abominablemente expresivas), un hombre que intenta alcanzar un mayor entendimiento por medio de los libros. Una vez más, hay un asesinato. Esta vez del viejo, que cae apuñalado contra su puerta, asediado por personajes extraños. Cruza la escena una mujer desnuda. Lleva una máscara que le da pureza y una dimensión nueva a su desnudez, haciéndola ver como un Picasso, como algo inédito y conmovedor. En su mano derecha lleva una vela encendida. La mujer desaparece tan misteriosamente como entró.



La máscara le da pureza y una dimensión nueva a su desnudez.

Una muñeca gigantesca que representa a una mujer embarazada cruza el escenario. Está a punto de dar a luz. Los cerdos-perros la cercan, mientras la música de fondo (percusiones principalmente) crece en intensidad.

Los espectadores se revolvían en sus asientos: está a punto de suceder una atrocidad, el tercer asesinato. Pero lentamente, balanceándose, aparece la luna: un gran bulto de cartón en forma ovalada con rasgos de mujer. La música disminuye, los animales quedan inmóviles; lentamente se ponen de pie y se despojan de sus máscaras. Son hombres, con máscaras de hombre.



Se han visto máscaras abominables; está a punto de sucederse una atrocidad...

Hasta aquí las imágenes, los intrincados diseños plásticos y de acción que forman la base esencial del teatro de los mendigos, teatro no figurativo que recurre a la poesía y al mito para enfrentar al espectador con una realidad más compleja que las palabras y el pensamiento lógico. Esta, no hay que olvidarlo, era la obra del Invierno, estación entendida como la etapa oscura de la tierra, llena de oscuridad, ignorancia y vida latente, que termina con la promesa de la germinación. El alumbramiento que transforma a las bestias en hombres, y que recuerda la Natividad, dándole nuevamente su sentido calendárico y cíclico, constituye la meta final del espectáculo.

Estos son los recuerdos. También la sobriedad y pobreza del montaje, la economía de efectos y la precisión con que la acción se desarrolla, basándose más en elementos visuales que en un lenguaje oral. Fue una función excepcional y extraña que nos enseñó, como espectadores, a apreciar los esfuerzos y la dedicación de un grupo que sabe lo que quiere y cómo lograrlo con los medios disponibles a su alcance. Medios escasos si se quiere, pero enriquecidos por una imaginación sabiamente usada.

Una vez terminada la función, permanecimos sentados un buen rato: no queríamos irnos. Finalmente felicitamos a los actores-escenógrafos-músicos-directores-coreógrafos, y salimos al vestíbulo. Ahí se apilaban carteles, telones pintados, propaganda de obras anteriores. Pero los Beggars hablaban ya de próximos estrenos.

7